

Manfredo Drama en tres actos

MANFREDO, DRAMA EN TRES ACTOS,

Por Lord Byron.

TRADUCCION CASTELLANA.

En el cielo y en la tierra hay mil cosas que vuestros filosofos tampoco dudán.

HORACIO.

Paris, Libreria Americana, 1830.

PERSONAS.

UN CAZADOR DE GAMUZAS.

EL ABAD DE SAN MAURICIO.

MANUEL.

HERMAN.

LA ENCANTADORA DE LOS ALPES.

ARIMAN.

NEMESIS.

LOS DESTINOS.

ESPIRITUS.

La escena se representa en medio de los Alpes, unas veces en el castillo de Manfredo y otras en las montañas.

MANFREDO,

Drama en tres actos.

ACTO I, ESCENA PRIMERA.

[Manfredo esta solo en la galeria de un antiguo castillo. Es media noche.]

MANFREDO.

Mi lampara va a apagarse; por mas que quiera reanimar su luz moribunda; no podra durar tanto tiempo como mi desvelo. Si parece que duermo, no es el sueño el que embarga mis sentidos y si el descaecimiento que me causan una multitud de pensamientos que afligen mi alma y a los cuales no me es posible resistir. Mi corazón esta siempre desvelado y mis ojos no se cierran sino para dirigir sus miradas dentro de mi mismo; sin embargo estoy vivo, y segun mi forma y mi aspecto, me parezco a los otros hombres.

¡Ah! ¡el dolor deberia ser la escuela del sabio! Las penas son una ciencia, y los mas sabios son los que mas deben gemir sobre la fatal verdad. El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida.

Filosofia, conocimientos humanos, secretos maravillosos, sabiduria mundana, todo lo he ensayado y mi espíritu puede abrazarlo todo, todo puedo someterlo a mi genio: ¡inútiles estudios! He sido generoso y bienhechor, he encontrado la virtud aun entre los hombres... ¡vana satisfaccion! He tenido enemigos; ninguno ha podido darme y varios han caido delante de mi: ¡inútiles triunfos! El bien, el mal, la vida, el poder, las pasiones, todo lo que veo en los demas ha sido para mi como la lluvia sobre la arida arena. Despues de aquella hora maldita... No conozco el terror, estoy condenado a no experimentar nunca el temor natural, ni los latidos de un corazón que hacen palpitare el deseo, la esperanza o el amor de alguna cosa terrestre... Pongamos en practica mis operaciones magicas.

Seres misteriosos, espíritus del vasto universo, o vosotros a quienes he buscado en las tinieblas y en las regiones de la luz; vosotros que voláis alrededor del globo y que habitáis las esencias más sutiles; vosotros a quienes las cimas inaccesibles de los montes, las profundidades de la tierra y del Océano sirven muchas veces de retiro... Yo os llamo en nombre del encanto que me da el derecho de mandaros; ¡despertaos y apareced!

[Un momento de silencio.]

¡No vienen todavía! ¡bien! por la voz de aquel que es el primero entre vosotros; por la señal que os hace temblar a todos; en nombre de aquel que no muere nunca... ¡despertaos y apareced....

[Un momento de silencio.]

Si es así... Espíritus de la tierra y del aire no eludiréis seguramente mis órdenes. Por medio de un poder superior a todos los que acabo deservirme, por un hechizo irresistible nacido en un astro maldito, resto ardiente de un mundo que ya no existe, infierno errante en medio del eterno espacio; por la terrible maldición que pesa sobre mi alma, por el pensamiento que tengo y que está a mi alrededor, os requiero la obediencia: ¡pareced.

[Aparece una estrella en el fondo oscuro de la galeria; es una estrella inmóvil, y una voz canta las palabras siguientes:]

PRIMER ESPIRITU.

Mortal, dócil a tus órdenes, vengo de mi palacio situado sobre las nubes, formado de los vapores del crepúsculo y que colorea de púrpura y de azul el disco del sol poniente. Aunque me este privado del obedecerte, vuelo hacia ti sobre el rayo de una estrella; he oído tus conjuros. Mortal, ¡que tus deseos cumplan!

LA VOZ DEL SEGUNDO ESPIRITU.

El Monte-Blanco es el monarca de las montañas; esta coronado desde muchos siglos con una diadema de nieve sobre su trono derocas. Está revestido con un manto de nubes: los bosques forman su cenador, tiene un avalancha en sus manos como un rayo amenazador; pero espera mis órdenes para dejarlos caer en el valle. La masa fría e inmóvil del hielo se va derritiendo todos los días, pero soy yo quien le dice que precipite su marcha o que detenga sus tempanos. Yo soy el espíritu de estas montañas, podría hacerlas estremecer hasta sus cimientos cavernosos... ¿Que es lo que quieres?

TERCER ESPIRITU.

En las profundidades azuladas de los mares, en donde no hay nada que agite las olas, en donde nunca ha soplado el viento, en los parajes que habita la serpiente marina, y en donde la sirena adorna con conchas su verde cabellera, la voz de tu invocación ha resonado como la tempestad sobre la superficie de las aguas, el eco la ha repetido en mi pacífico palacio de coral. Declara tus deseos al espíritu del Océano.

CUARTO ESPIRITU.

En los parajes en donde duerme el terremoto sobre una cama de fuego, en los parajes en donde hierven los lagos de betún, en las concavidades subterráneas que reciben las raíces de estas cordilleras cuyas cumbres ambiciosas se pierden en las nubes, he oído los acentos mágicos, y subyugado por su poder, he dejado los lugares en que he nacido para ponerme cerca de ti. Ordena, yo obedeceré.

QUINTO ESPIRITU.

Yo soy quien vuela sobre el águila y el que prepara las tormentas. La tempestad que he dejado detrás de mí esta todavía ardiendo con los fuegos de los truenos y de los relámpagos. Para llegar más pronto donde tú te hallas a través de la tierra y los mares en un huracán. Un céfiro favorable hinchaba las velas de una flota que encuentre, pero estaba sepultada en las olas antes que apareciera la aurora.

SESTO ESPIRITU.

Mi morada es constantemente la oscuridad de la noche. ¿Porque tus conjuros me fuerzan a ver la odiosa claridad?

SEPTIMO ESPIRITU.

El astro que preside a tu destino estaba dirigido por mí desde antes que la tierra fuese creada. Nunca había girado un planeta más hermoso alrededor del sol: su curso era libre y regular, ningún astro más benéfico existía en el espacio. La hora fatal llegó: este astro se convirtió en una masa de fuego, en un cometa vago que amenazó al universo girando siempre por su propia fuerza, sin esfera y sin curso; horror brillante de las regiones etéreas, monstruo disforme entre las constelaciones del cielo. En cuanto a ti, nacido bajo su influencia; tú, gusano a quien yo obedezco y que desprecio, cediendo a un poder que no te pertenece, y que no te ha sido prestado sino para someterte algún día al mío, vengo por un momento a reunirme a los espíritus débiles que doblan aquí su rodilla; vengo a hablar a un ser tal como tú. ¿Que me quieres pues, criatura de barro? ¿que me quieres?

LOS SIETE ESPIRITUS.

La tierra, el Oceano, el aire, la noche, las montañas, los vientos y el astro de tu destino están a tus órdenes. Hombre mortal, tus espíritus esperan tus deseos. ¿Qué quieres de nosotros, hijo de los hombres? ¿qué quieres?

MANFREDO.

El olvido.

EL PRIMER ESPIRITU.

¿El olvido de qué?

MANFREDO.

De lo que está dentro de mi corazón. Leedlo, vos lo sabéis bien y yo no puedo explicarlo.

EL ESPIRITU.

Nosotros no podemos darte sino lo que poseemos. Pídenos vasallos, una corona, el trono del mundo o de uno de sus imperios; pídenos un asenal con el cual gobernarás a los elementos que nos obedecen; habla, tú puedes obtenerlo todo.

MANFREDO.

El olvido; ¡el olvido de mí mismo! ¿No podéis encontrar lo que pido en las regiones secretas que me ofrecéis tan liberalmente?

EL ESPIRITU.

Esto no existe en nuestra esencia, ni en nuestra sabiduría; pero ... tú puedes morir.

MANFREDO.

¿La muerte me lo concederá?

EL ESPIRITU.

Nosotros somos inmortales, y no olvidamos nada, somos eternos, y para nosotros lo pasado y lo venidero son como lo presente: ved nuestra respuesta.

MANFREDO.

Esto es burlarse de mí; pero el poder que os ha conducido a mi presencia os ha puesto bajo mi disposición. Esclavos, no hay que hacer mofa de las voluntades de vuestro señor. El alma, el espíritu, la chispa celeste, la luz de mí ser, tiene la misma brillantez y la misma penetración que las vuestras, y no cederá jamás aunque se halle encerrada en una prisión de barro. Respondedme, o sino sabréis quien soy.

EL ESPIRITU.

Nosotros repetiremos las mismas palabras; lo que acabas de decir puede ser también nuestra respuesta.

MANFREDO.

Explicaos.

EL ESPIRITU.

Si como tú dices, tu esencia es semejante a la nuestra, te hemos respondido, diciendo que lo que los hombres llaman la muerte no tiene ningún poder sobre nosotros.

MANFREDO.

Será pues en vano que os hayáis invocado en vuestras moradas; vosotros no queréis o no podéis socorrerme.

EL ESPIRITU.

Habla, te ofrecemos todo lo que poseemos: piensa bien en ello antes de despedirnos y pide. ¿Quieres un reino, el poder sobre los hombres, la fuerza, una larga serie de días?

MANFREDO.

¡Malditos seáis! ¿qué sacare de una larga vida? la mía ya ha durado demasiado; desapareced.

EL ESPIRITU.

Todavía un momento; mientras que estamos aquí quisieramos ser te útiles. Piensa bien en esto; ¿no hay algún otro don que pudiéramos hallar digno de serte ofrecido?

MANFREDO.

Ninguno: esperad sin embargo... Un momento antes de separarnos, quisiera veros cara a cara. Oigo vuestras voces, cuya dulzura melancólica se asemeja a las armonías melódicas en medio de un lago cristalino; veo la inmóvil claridad de una grande estrella, pero no las veo. Pareced a mi presencia tales como sois, uno después de otro todos juntos, pero en vuestra forma acostumbrada.

EL ESPIRITU.

Nosotros no tenemos otra forma que la de los elementos de los que somos el alma y el principio; pero designanos la forma que quieras, y será la que adoptaremos.

MANFREDO.

Poco importa la forma; no hay ninguna sobre la tierra que sea hermosa y hedionda para mí: que aquel que entre vosotros este dotado de más poder, tome el aspecto que le convenga. Yo lo espero.

[El séptimo Espíritu aparece bajo la figura de una hermosa mujer.]

EL SEPTIMO ESPIRITU.

Miradme.

MANFREDO.

¡O cielo! ¿será esto una ilusión? si tú no fueses un sueño o una imagen engañosa ¡aun podría considerarme dichoso! te estrecharía entre mis brazos y aun podríamos... (la mujer desaparece). Mi corazón se halla destrozado.

[Manfredo cae desmayado, y una voz hace oír el canto que sigue.]

Cuando la luna brillara en las regiones aéreas, el gusano fosfórico en los céspedes, el meteoro al rededor de las sepulturas y una llamarada sobre las lagunas; cuando apareciera el relámpago repentino de las estrellas que caigan, cuando los ruidos harán oír sus tristes conciertos y las hojas permanecerán inmóviles y silenciosas en el bosque que cubre la colina, mi alma pesará sobre la tuya con fuerza y de una manera terrible.

Por profundo que sea tu sueño tu espíritu no dormirá; hay algunas sombras que nunca se desvanecerán para ti, y algunos pensamientos que nunca podrás desterrar de tu corazón. Por un poder que te es desconocido, no podrás nunca estar solo: este encanto secreto te envuelve como una mortaja, y es como una nube que te servirá de prisión.

Aunque tú no me veas pasar por tu lado, tus ojos me reconocerán como un objeto que no debe estar lejos, y que estaba cerca de ti habíamos poco. Cuando en este terror secreto volverás la cabeza, quedarás sorprendido de no verme con tu sombra sobre la tierra, y estarás obligado a disimular el poder cuyos efectos experimentarás.

Las palabras mágicas pronunciadas sobre tu cabeza han atraído allí una maldición terrible, y uno de los espíritus aéreos te ha hecho caer en el lazo: en el soplo del viento habrá una voz que te privará de alegrarte; la noche te negará el silencio de las sombras, y no podrás ver brillar el sol sin desear al momento el día.

Yo he separado de tus lágrimas perdiditas la esencia de un veneno mortal, he escogido la sangre más negra de tu corazón, he arrancado a tu sonrisa la serpiente que se mantenía escondida en las arrugas de tu rostro, he tomado el hechizo que hacia tus labios tan peligrosos, he comparado todas estas ponzoñas a los venenos más sutiles; los tuyos son aun más temibles.

Por tu corazón de hierro y tu sonrisa de víbora, por tus ardides fatales, por tus miradas engañosas, por tu alma hipócrita, por tus artificios seductores y tu falsa sensibilidad, por el placer que encuentras en el dolor de los otros, por la fraternidad con Cain, vengo a condenarte a que seas tú mismo tu infierno.

Derramo sobre tu cabeza el licor mágico que te destina a los tormentos que te preparo, el sueño y la muerte estarán sordos a tus deseos ya tus suplicas; verás la muerte a tu lado para desearla y temerla. Pero ya tu decreto se cumple, y una cadena invisible te rodea con sus eslabones; mis palabras mágicas producen su efecto: tu cabeza se turba y tu corazón está próximo a marchitarse.

ESCENA II.

[El teatro representa el monte Jungfrau; el día da principio. Manfredo está solo entre las rocas.]

MANFREDO.

Los espíritus que había invocado me abandonan, las ciencias mágicas que había estudiado me son inútiles. Busco un remedio a mis males y no he hecho sino agravarlos: ¿cómo contar con el socorro de los espíritus; lo pasado no es de su resorte, y el porvenir... hasta tanto que también este sepultado en la noche de los tiempos, me causa muy poca inquietud. ¡O tierra en donde he nacido! aurora radiante, y vosotras altas montañas ¿por qué sois tan hermosas? Yo no puedo amaros. Y tú, antorcha brillante del universo, que estás en tu luz sobre toda la naturaleza, y la haces temblar de gozo, tú no puedes lucir en mi helado corazón. Desde esta cima escarpada veo las orillas del torrente, los pinos magestuosos que la distancian los hace semejantes a los humildes arbustos; y cuando un solo movimiento bastaría para hacer pedazos mi cuerpo sobre esta cama de rocas, y para fijarlo en un eterno descanso, ¿por qué razón estoy dudoso?

Siento el deseo de precipitarme al pie de la montaña y no me atrevo a ejecutarlo, veo el peligro y no pienso en huirle. Un vértigo se ha apoderado de mi vista, y sin embargo mis pies se mantienen inmóviles y firmes. Un poder secreto me detiene y me condena a vivir a pesar mío, si es vivir el llevar un desierto árido en mi

corazon, y el seryo mismo el sepulcro de mi alma, supuesto que no trato de justicarmis crimenes a mis propios ojos: esta es la ultima desgracia de los malos.

[Un aguila pasa sobre Manfredo.]

¡O tu, reina de los aires, cuyo rapido vuelo te remonta hacia los cielos, que no te dignes caer sobre mi, para hacer presa de mi cadaver, y alimentarse con el a tus hijos! ¡Yahas atravesado el espacio en que podian seguirte mis ojos; y los tuyos pueden todavia descubrir todos los objetos que estan sobre la tierra y en el aire... ¡Ah! ¡cuantos objetos dignos de admiracion ofrece este mundo visible! ¡cuan grande es en sus causas y en sus efectos! pero nosotros que nos llamamos sus senores, nosotros, criaturas de barro y semidioses al mismo tiempo, incapaces de poder caer a un rango mas inferior, y tambien de elevarnos, escitamos una guerra continua entre los elementos diversos de nuestra doble esencia, respirando a un mismo tiempo la bajeza y el orgullo, estamos indecisos entre nuestras miserables necesidades y nuestros deseos soberbios, hasta el dia en que la muerte triunfa y en que el hombre viene a ser ... lo que no se atreve a confesar a si mismo, ni a sus semejantes.

[Un pastor toca la flauta en un parage lejano.]

¡Que dulce melodia es el sonido natural de la zambona campestre! porque, en estos parages, la vida patriarcal no es ciertamente una fabula de la edad de oro; el aire de libertad no resuena aqui sino en las armonias de la flauta pastoral, y en el ruido sonoro de los cerros del ganado que retoza en las colinas. ¡Mi alma esta hechizada con semejantes ecos!... ¡Que no sea yo el invisible espiritu de un sonido melodioso, de una voz viva, de una armonia animada, que nace y muere con el soplo que la produce!

[Llega un cazador de gamuzas que viene del pie de la montana.]

EL CAZADOR.

La gamuza ha salvado las rocas, y sus pies agiles la han llevado lejos de mi; apenas mi caza me habra proporcionado en el dia con que hacerme olvidar mis correrias peligrosas...? Pero que veo? ¿Quien es este hombre que parece que no es ninguno de nuestros cazadores, y que no obstante ha sabido recorrer estas alturas escarpadas que nuestros companeros los mas ejercitados son los unicos que pueden practicarlas? Sus vestidos anuncian la riqueza; su aspecto es varonil, y sus ojos son tan arrogantes como los de un labrador que sabe que ha nacido libre. Acerquemonos a el.

MANFREDO.

[Sin haber visto al cazador.]

¡Es indispensable el verse encanecer por las penas; semejante a los pinos disecados, restos de los destrozados de un solo invierno, despojados de su corteza y de sus verdes hojas! ¡Es necesario conservar una vida que no sustenta en mi sino el sentimiento de mi ruina! ¡es preciso recordarme siempre de los tiempos mas dichosos! ¡Tengo mi rostro lleno de arrugas, no por los anos, pero si por las horas y los momentos mas largos que los siglos! ¡y todavia puedo vivir! ¡Cumbres coronadas del hielo, avalanches que un soplo puede separar de las montanas, venid a confundirme! He oido muchas veces rodar en los valles vuestras masas destructoras, pero vosotros no aniquilais sino los seres que todavia quisieran vivir, las tiernas plantas de un nuevo bosque, la cabana o la choza del inocente labrador.

EL CAZADOR.

La niebla empieza a levantarse en el centro del valle, voy a advertirle que se baje, se arriesgaria a perdera un mismo tiempo el camino y la vida.

MANFREDO.

Los vapores se amontonan al rededor de los hielos, las nubes se forman en copos blanquecinos y sulfureos, semejantes a la espuma que salta por encima de los abismos infernales, en donde cada ola burmugeante va a romperse en la costa endonde estan reunidos los condenados como las piedras en la de la mar. Un vertigo se apodera de mi.

EL CAZADOR

Acerquemonos con precaucion por temor de no sobrecogerle: parece que ya titubea.

MANFREDO.

Las montanas se han abierto un camino al traves de las nubes, y con su choque han hecho temblar toda la cordillera de los Alpes, cubriendo de escombros los verdes valles, deteniendo el curso de los rios por su caida repentina, reduciendo sus aguas en turbillones de vapores y forzando al manantial a que se forme una nueva madre. Asi cayo en otros tiempos el monte Rosemberg minado por los anos. ¡Que no hubiese caido sobre mi!

EL CAZADOR.

¡Amigo tened cuidado! el dar otro paso pudiera ser fatal. Por el amor del Criador, no permanezcais a la orilla de este precipicio.

[Manfredo continua sin oirle.]

MANFREDO.

¡Hubiera sido un sepulcro digno de Manfredo! mis huesos habrían descansado en paz bajo un monumento semejante, no hubieran quedado sembrados sobre las rocas, viles juguetes de los vientos, como van a serlo, después que me hay precipitado... ¡A Dios bovedas celestes; que vuestras miradas no mereprendan mi acción, vosotras no estáis hechas para mí! ¡Tierra, yote restituyo tus átomos!
[Cuando Manfredo va a precipitarse, el cazador le coge y le detiene.]

EL CAZADOR.

¡Detente! insensato: aunque te halles fatigado de la vida, no manches nuestros pacíficos valles con tu sangre culpable. Ven conmigo, yono te dejare.

MANFREDO.

Tengo el corazón desolado... Vaya, no me detengas más... Me siento desfallecer... Las montañas dan vueltas delante de mí como si fueran turbiliones. Yo ceso de vivir... ¿Quién eres?

EL CAZADOR.

Yo responderé después, ven conmigo. Las nubes se apaciguan. Apoyate sobre mi brazo y pon aquí tu pie... Toma este bastón y ostente un momento en este arbolito dame la mano y no abandones mi cinto... Poco a poco... Bien... de aquí a una hora estaremos en la casa en donde se hacen los quesos. Valor; muy luego encontraremos un pasaje seguro, una especie de sendero abierto por un torrente de invierno... Vamos; ved que está bueno. Tu hubieras sido un excelente cazador; sígueme....

[Descienden con trabajo por las rocas.]

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II, ESCENA PRIMERA.

[El teatro representa una choza de los Alpes.]

MANFREDO Y EL CAZADOR DE GAMUZAS.

EL CAZADOR.

No, no, permaneced todavía, partireis más tarde, vuestro espíritu y vuestro cuerpo tienen necesidad de más descanso. De aquí a algunas horas estareis mejor, os servirá de guía, ¿pero adónde iremos?

MANFREDO.

Conozco el camino y no necesito guía.

EL CAZADOR.

Vuestros vestidos y vuestro aire anuncian un hombre de un nacimiento distinguido; vos sois sin duda uno de los señores cuyos castillos dominan los valles; ¿cuál es vuestra morada? Yo no conozco sino la puerta de los palacios de los grandes. Mi modo de vivir me conduce muy rara vez a sus vastos hogares, para sentarme allí al rededor del fuego con sus vasallos; pero los senderos que se dirigen a dichos castillos me son muy conocidos desde mi infancia. ¿Cuál es el que os pertenece?

MANFREDO.

Poco te importa.

EL CAZADOR.

¡Y bien! perdonadme mis preguntas; pero dignaos estar más alegre. Venid a gustar mi vino; es muy viejo: muchas veces me ha confortado el corazón en medio de nuestros hielos; recurrid a él para reanimar vuestro valor. Vamos, bebamos juntos.

MANFREDO.

Separa, separa esa copa; ¡sus bordes están mojados con sangre! ¡No veis nunca esta sangre sepultada bajo la tierra!

EL CAZADOR.

¿Que queréis decir? ¿vuestros sentidos están turbados?

MANFREDO.

Digo que es mi sangre, mi propia sangre, la sangre pura que corría en las venas de nuestros padres y en las nuestras, cuando en los primeros días de nuestra juventud no teníamos sino un corazón, y nos amábamos como no hubiéramos nunca debido amarnos. Esta sangre ha sido derramada, pero se eleva eternamente de la tierra y va a tener las nubes que me cierran la entrada del cielo, en donde tú no estás y endonde yo no estaré jamás!

EL CAZADOR.

¡Hombre singular en tus palabras, a quien sin duda persigue algún remordimiento y a quien el delirio manifiesta las fantasmas! cualesquiera que sean tus terrores y tus penas, todavía hay consuelos para ti en la piedad de los hombres justos y en la paciencia....

MANFREDO.

¡La paciencia! ¡y siempre la paciencia! esta palabra fue creada para los hombres dociles y no para las aves de presa... Predica la paciencia a los mortales formados con el miserable polvo, yo soy de otra especie.

EL CAZADOR.

¡Gracias a Dios! yo no quisiera ser de la tuya por la gloria de Guillermo Tell. Pero cualquiera que sea el mal que te oprime, es preciso soportarlo, y todos esos movimientos convulsivos son inútiles.

MANFREDO.

Yo le soporto sobradamente. Mirame: yo vivo.

EL CAZADOR.

Tu te agitas con terror, pero no vives.

MANFREDO.

Te responderé que he vivido muchos años, y que no cuentan por nada en el día en comparación de los que me faltan vivir. Veo delante de mí siglos, el infinito, la eternidad, mi conciencia y la sed ardiente de la muerte que me atormenta sin cesar.

EL CAZADOR.

Apenas se reconoce en tu frente la edad de la virilidad, yo cuento muchos más años que tu.

MANFREDO.

¿Crees que la existencia depende del tiempo? Las acciones; ved nuestras épocas. Las mías han multiplicado mis días y mis noches al infinito; los han hecho innumerables como los granos de arena de una costa, y los han convertido en un desierto árido y helado al que vienen a espirar las olas que al retirarse no dejan sino cadáveres, escombros de las rocas y algunas yerbas amargas.

EL CAZADOR.

¡Ay! ha perdido el juicio, pero yo no debo abandonarle.

MANFREDO.

¡Que no le haya perdido como tú dices! todo lo que ahora veo no sería sino el sueño de un cerebro enfermo.

EL CAZADOR.

¿Que ves pues, o que crees ver?

MANFREDO.

A ti y a mí, un paisano de los Alpes, tus modestas virtudes, tu choza hospitalaria, tu valerosa paciencia, tu alma arrogante, libre y piadosa; tu respeto por ti mismo fundado sobre tu inocencia, tus días llenos de salud, tus noches consagradas al sueño, tus trabajos ennoblecidos por el riesgo y sin embargo exentos del crimen, tu esperanza de una dichosa vejez y de una sepultura pacífica, en donde una cruz y un guirnalda de flores adornaran los céspedes, y a la cual servirán de epitafio los tiernos sentimientos de tus nietos: esto es lo que veo; y simo dentro de mí mismo ... pero ya no es tiempo; mi alma estaba ya dolorida...

EL CAZADOR.

¿Y no cambiarías con gusto tu suerte por la mía?

MANFREDO.

No, amigo mío, yo no quiero hacer un cambio tan funesto para ti, y no lo haría con ningún otro viviente. Solo, puedo resistir a mis angustias, solo, puedo vivir soportándolo que los otros hombres no podrían conocer, ni aun en sueños, sin perder la vida.

EL CAZADOR.

¿Como con este generoso interés por tus semejantes, puedes verte cargado de crímenes? cesa de decirme lo; ¿un hombre capaz de un sentimiento tan tierno puede haberse inmolado a su furor a sus enemigos?

MANFREDO.

No, no, ¡jamás! he sido cruel con los que me amaban, con aquellos a quienes yo amaba. Jamás he dado un golpe a un enemigo sino en mi legítima defensa; pero ¡ay! mis caricias eran fatales.

EL CAZADOR.

¡Que el cielo restituya la tranquilidad a tu alma! ¡que el arrepentimiento te vuelva a ti mismo! yo te prometo mis oraciones.

MANFREDO.

No tengo ninguna necesidad de ellas; pero no desprecio tu piedad, me retiro; a Dios. Te dejo este bolsillo, igualmente que mis gracias, no hay que rehusarle ... esta recompensa es debida ... no me sigas ... conozco mi camino, no tengo que atravesar los senderos peligrosos de la montaña; lo repetiré otra vez, no quiero que se me siga.

[Manfredo se va.]

ESCENA II.

[El teatro representa un valle de los Alpes inmediato a una catarata.]

MANFREDO.

El sol no se halla a la mitad de su carrera, y el arco iris que corona el torrente recibe de sus rayos sus hermosos colores [1]. Las aguas estendiéndose sobre el declivio de las rocas sumando de plata, y su espuma que se eleva como un surtidor, se parece a la cola del enorme y pálido caballo del Apocalipsis sobre el que vendrá la Muerte.

Mis ojos solamente gozan en el momento de este magnífico espectáculo, estoy solo en esta pacífica soledad, y quiero disfrutar del homenaje de la cascada con el genio de este lugar. Llámenlo.

[Manfredo toma algunas gotas de agua en el hueco de su mano y las arroja al aire pronunciando su conjuro mágico. Al cabo de un momento de silencio aparece la Encantadora de los Alpes bajo el arco iris del torrente.]

¡Espíritu de una hechicera hermosa, que yo pueda admirar tu cabellera luminosa, los ojos resplandecientes y las formas divinas que reúnen todos los hechizos de las hijas de los hombres a una sustancia aérea y a la esencia de los más puros elementos! Los colores de tu tez celeste se parecen al bermellón que hermosea las mejillas de un niño dormido en el seno de su madre y mezclado con los latidos de su corazón; se parecen al color de rosa que dejan caer los últimos rayos del día sobre la nieve de los ventisqueros, y que puede equivocarse con el pudor rosado de la tierra recibiendo las caricias del cielo. Tu aspecto suaviza el resplandor del arco brillante que te corona; yo leo sobre tu frente serena que refleja la calma de tu alma inmortal, leo que tu perdonarás a un hijo de la tierra, con quien se dignan comunicar algunas veces los espíritus de los elementos, el atreverse a hacer uso de los secretos mágicos para llamarte a tu presencia y contemplarte un momento.

LA ENCANTADORA DE LOS ALPES.

Hijo de la tierra, yo te conozco; igualmente que los secretos que debes tu poder, te conozco por un hombre de pensamientos profundos, estremoso en el mal y en el bien, fatal a los otros y a ti mismo; te esperaba, ¿que quieres de mí?

MANFREDO.

Admirar tu hermosura, nada más. El aspecto de la tierra me sumerge en la desesperación; busco un refugio en sus misterios, huyo de los espíritus que la gobiernan; pero ellos no pueden socorrerme; les he pedido lo que no pueden darme, no les pido nada más.

LA ENCANTADORA.

¿Que es pues lo que pides, que no pueden concederte aquellos que lo pueden todo y que gobiernan los elementos invisibles?

MANFREDO.

¿Para que repetiré la relación de mis dolores? sería en vano.

LA ENCANTADORA.

Yo los ignoro, tened la bondad de referírmelos.

MANFREDO.

¡Bien! por cruel que sea para mi triste confesión, hablaré mi dolor.

Desde mi juventud, mi espíritu estaba de acuerdo con las almas de los hombres, y no podía mirarla tierra con amor. La ambición que devoraba a los demás me era desconocida; su objeto no era el mío... mis placeres, mis penas, mis pasiones y mi carácter me hacían parecer un extraño en medio del mundo. Aunque revestido de la misma formada carne que las criaturas que me rodean, no sentía ninguna simpatía por ellas... una sola... pero yo hablaré de ella luego.

Mis placeres eran el ir en medio de los desiertos a respirar el aire vivo de las montañas cubiertas de hielo, sobre cuya cumbre los pájaros no se hubieran atrevido a construir su nido, y en donde el granito desnudo y las yerbas se ven desierto de los insectos alados. Gustaba de atravesar las aguas de los torrentes furiosos, o de volar sobre las olas del Océano iracundo; me encontraba ufano de ejercitar mi fuerza contra los corrientes rápidas; gustaba durante la noche de observar la marcha silenciosa de la luna y el curso brillante de las estrellas; miraba fijamente los relámpagos durante las tempestades hasta tanto que mis ojos quedaban deslumbrados, o bien escuchaba la caída de las hojas cuando los vientos del otoño venían a despojar los bosques. Tales eran mis placeres, y tal era mi amor por la soledad, que si los hombres, de quienes me afligía el ser hermano, se encontraban a mi paso, me sentía humillado y degradado, hasta no ser ya, como ellos, sino una criatura de barro.

En mis paseos delirantes descendía a la profundidad de las cavernas de la muerte para estudiar sus causas y sus efectos, y desde los montones de huesos y del polvo de los sepulcros, me atrevía a sacar consecuencias criminales; consagré las noches en aprender las ciencias secretas olvidadas que ya mucho tiempo. Gracias a mis trabajos y a mis desvelos, a las pruebas terribles y a las condiciones que nos someten

la tierra, los aires y los espíritus que despueblan el espacio y el infinito, familiaricé mis ojos con la eternidad, como habían hecho en otros tiempos los magos y el filósofo que invocó en su profundo retiro a Eros y a Anteros[2]. Con mi ciencia creció mi ardiente deseo de aprender, mi poder y el enajenamiento de la brillante inteligencia que...

LA ENCANTADORA.

Acaba.

MANFREDO.

¡Ah! me complacia en detenerme estensamente sobre estos vanos atributos, porque cuanto más me acercaba al momento en que descubriré la llaga de mi corazón ... pero quiero proseguir: aun no te he nombrado, ni padre, ni madre, ni querida, ni amigo, con quienes me hallase unido por nudos humanos: padre, madre, querida, amigo, estos títulos no eran nada para mí; pero había una mujer...

LA ENCANTADORA.

Atreverte a acusarte a ti mismo: prosigue.

MANFREDO.

Se me parecía en lo exterior, en los ojos, en la cabellera, en sus facciones y aun en su metal de voz; pero en ella todo estaba suavizado y hermosado por sus atractivos. Lo mismo que yo, tenía un amor decidido por la soledad, el gusto por las ciencias secretas y un alma capaz de abrazar al universo; pero tenía además la compasión, el donde los agasajos y de las lágrimas, una ternura ... que ella sola podía inspirarme, y una modestia que yo nunca he tenido. Sus faltas me pertenecen: sus virtudes eran todas suyas. Yo la amaba y le prive de vida.

LA ENCANTADORA.

¿Con tus propias manos?

MANFREDO.

¡Con mis propias manos! no; fue mi corazón el que marchitó el suyo y le destrozó. He derramado su sangre, pero no ha sido la suya. Su sangre ha corrido sin embargo, he visto su pecho desgarrado y no he podido curar sus heridas.

LA ENCANTADORA.

¿Es esto todo lo que tienes que decir? haciendo parte a pesar tuyo de una raza que tu desprecias, tu que quieres ennoblecerla elevándote hasta nosotros ¡puedes olvidar los dones de nuestros conocimientos sublimes y caer en los bajos pensamientos de la muerte! no te reconozco.

MANFREDO.

¡Hija del aire! te protesto que, después del día fatal... Pero la palabra es un vano soplo, ven a verme en mi sueño, o a las horas de mis desvelos, ven a sentarte a mi lado; he cesado de estar solo, mi soledad se halla turbada por las furias. En mi rabia rechino los dientes mientras que la noche extiende sus sombras sobre la tierra, y desde la aurora hasta ponerse el sol no ceso de maldecirme. He invocado la pérdida de mi razón como un beneficio, y no se me ha concedido: he arrojado la muerte; pero en medio de la guerra de los elementos, los mares se han retirado a mi presencia. Los venenos han perdido toda su actividad; la mano helada de un demonio cruel me ha detenido en la orilla de los precipicios por solo uno de mis cabellos que no ha querido romperse. En vano mi imaginación fecunda ha creado abismos en los cuales ha querido arrojarse mi alma; he sido rechazado, como si fuese por una ola enemiga, en los abismos terribles de mis pensamientos. He buscado el olvido en medio del mundo, lo he buscado por todas partes y nunca le he hallado; mis secretos mágicos, mis largos estudios en un arte sobrenatural, todo ha cedido a mi desesperación. Vivo, y me amenaza una eternidad.

LA ENCANTADORA.

Quizas yo podre aliviar tus males.

MANFREDO.

Sería necesario llamar a la vida a los muertos o hacerme bajar entre ellos a la sepultura. Ensayo el reanimar sus cenizas y hacerlos aparecer bajo una forma cualquiera y a cualquier hora que sea; corta el hilo de mis días, y sea cual fuere el dolor que acompañe mi agonía, no importa, a lo menos será el último.

LA ENCANTADORA.

Ni una cosa ni otra están en mi arbitrio, pero si tu quieres jurar una ciega obediencia a mis voluntades y someterte a mis ordenes, podré ser útil en el cumplimiento de tus deseos.

MANFREDO.

¡Yo jurar! ¡yo obedecer! ¿y a quien? a los espíritus que domino. ¡Yo venir a ser el esclavo de los que me reconocen por su señor!... ¡Jamás!

LA ENCANTADORA.

¿Es esta toda tu respuesta? ¿no tienes otra más dulce? ¡Piensa bien en ello antes de negarte a lo que te propongo!

MANFREDO.

He dicho no.

LA ENCANTADORA.

Puedo pues retirarme; habla.

MANFREDO.

Retírate.

[La Encantadora desaparece.]

MANFREDO

solo

Somos la víctima del tiempo y de nuestros terrores; cada día se nos presentan nuevas penas; vivimos sin embargo maldiciendo la vida y temiendo la muerte. Gimiendo bajo el yugo que nos oprime, y cargado con el peso de la vida, nuestro corazón late sólo en las ocasiones que experimentamos alguna contrariedad, o algún goce perfido que finaliza por crueles angustias y por la estenuación y la debilidad. ¿En el número de nuestros días pasados y por venir (porque lo presente no existe en la vida) no hay algunos, no hay uno solo en el que el alma deje de desear la muerte, y no obstante de huirla, como un río helado por el invierno cuya fría impresión bastaría el arrostrarla un momento?

Mi ciencia me ofrece todavía algún recurso. Puedo invocar los muertos y preguntarles cuál es el objeto de nuestros terrores. La nada de los sepulcros quizás me responderán... ¿Y si no responden?... ¡El profeta sepultado respondió a la encantadora de Endor! y el rey de Esparta supo su destino futuro por las sombras de la virgen de Bizancio. Había quitado la vida a la que amaba sin conocer que era su víctima, y murió sin obtener perdón. Fue en vano que invocase a Jupiter, y que por la voz de los magos de la Arcadia suplicase a la sombra irritada el ceder o a lo menos el fijar un término a su venganza. Obtuve una respuesta oscura, pero que fue demasiado cierta [3].

Si yo no hubiese vivido nunca, lo que amo viviría todavía; si no hubiera amado nunca, lo que amo aun conservaría la hermosura, la felicidad y el don de poder hacer dichosos. ¿Que se ha hecho la víctima de mis maldades?... Un objeto en el cual no me atrevo a pensar... Nada quizás... De aquí a algunas horas habré salido de mis dudas... Sin embargo tiemblo al ver llegar el momento deseado... Hasta ahora jamás me ha hecho temblar el acercarse un espíritu bueno o uno malo... Me estremezco... Siento un peso de hielo sobre mi corazón. Pero puedo atreverme a lo que temo y desafiar los recelos de la materia. La noche llega...

[Se va.]

ESCENA III.

[La cumbre del monte Jungfro.]

EL PRIMER DESTINO.

El disco plateado de la luna empieza a brillar en los cielos. Nunca el pie de un mortal vulgar ha manchado las nieves sobre las cuales andamos durante la noche sin dejar ninguna huella. Apenas rozamos ligeramente esta mar de escarchas que cubre las montañas con sus olas inmóviles, semejantes a la espuma de las aguas que el frío ha helado repentinamente después de una tempestad; imagen de un abismo reducido al silencio de la muerte. Esta cumbre fantástica, obra de algún terremoto, y sobre la cual descansan las nubes de sus viajes vagabundos, esta consagrada a nuestros misterios y a nuestras vigiliass: yo espero en ella a mis hermanos que deben venir conmigo al palacio de Arimán; esta noche se celebra nuestra grandefiesta... ¿Porque tardan en venir?

[Una voz canta a lo lejos.]

El usurpador cautivo, precipitado del trono, sepultado en un infame reposo, estaba olvidado y solitario: yo he interrumpido su sueño, le he dado el socorro de una multitud de traidores; el tirano está todavía coronado. Pagará sus culpas con la sangre de un millón de hombres, con la ruina de una nación, y yo le abandonaré de nuevo a la huida y a la desesperación.

[Una segunda voz.]

Un navío bogaba rápidamente sobre las aguas, impulsado por los vientos propicios: he rasgado todas sus velas y roto todos sus mástiles, no ha quedado ni una sola tabla de esta ciudad flotante; no ha sobrevivido un solo hombre para llorar su naufragio... Me engañó, hay uno que yo mismo he sostenido

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

